

prontas y frecuentes noticias del sitio, y desde allí daban diariamente sus órdenes á los tres mariscales (julio, 1640). Españoles y franceses necesitaban distraer fuertes columnas de tropas para escoltar los convoyes de víveres que á menudo eran alternativamente atacados, dando ocasion á muy sérios combates.

Aprovechando una mañana el cardenal infante la ausencia de una de estas columnas, atacó con todas sus fuerzas las líneas enemigas (2 de agosto). La acción duró desde el amanecer hasta muy entrada la tarde: la tropa española, mandada por el duque Carlos de Lorena, se condujo aquel día con admirable valor, adquirió mucha gloria, pero no logró forzar las líneas. Al día siguiente los franceses hicieron al gobernador de la plaza una intimación arrogante, haciéndole saber que si pronto no enviaba parlamentarios para capitular, él, la guarnición y la ciudad serian tratados con todo el rigor de las leyes de guerra. La contestacion de los sitiados á aquella amenaza fué recordarles un antiguo refran de aquella tierra que decia: *Los franceses tomarán á Arras cuando los ratones cogan los gatos*. Compréndese cuánto heriria á los tres famosos mariscales tan despreciativa respuesta, dada por un puñado de hombres sitiados. Dedicáronse aquellos á abrir minas, y cuando el de Meylleraie tenia la suya preparada, intimáronles segunda vez la rendicion (7 de agosto); el gobernador respondió que esperaba las órdenes del cardenal infante; y como le

exigiesen respuesta mas precisa, contestó que dentro de tres meses la daria. Entonces la Meylleraie mandó pegar fuego á la mina, que causó grande estrago, y temiendo los de dentro ser asaltados al siguiente dia, prometieron rendirse si no eran socorridos antes del medio dia del 9. No lo fueron, porque el cardenal infante no pudo forzar las trincheras enemigas, y el 9 se firmó la capitulacion á presencia de todo el ejército puesto en orden de batalla, concediéndose á la guarnicion todos los honores de la guerra, á los habitantes el ejercicio de la religion católica, prometiendo no nombrar ningun gobernador que no la profesase, y que se les conservarían sus reliquias y todos sus privilegios. Honrosísima capitulacion para tan corto número de defensores, y estremadamente favorable á los de la ciudad, si el gobernador que se nombró, en lugar de tratarlos con la moderacion que se le recomendó no se hubiera convertido en tirano.

Hecha la capitulacion de Arras, penetró el mariscal de Chatillon en la ciudad, sin que le pusieran estorbo los españoles, y limitándose el cardenal infante á cubrir sus plazas estando á la vista del ejército francés. Mucho mas pudo éste haber hecho, si le hubiera ayudado, como tenia derecho á esperar y era de su interés, el príncipe de Orange. Pero lejos este príncipe de corresponder á la merecida reputacion de sus antecesores, ni se habia señalado antes por ninguna empresa considerable, ni hizo ahora otra cosa, despues

de atacar infructuosamente algunos fuertes, que apoderarse del de Nassau, que mandó arrasar por no poder sostenerle no habiendo logrado hacerse dueño de Hulst, de donde le rechazaron los españoles. Acontecióle después otro tanto en Güeldres, yéndose por último hácia Genep, huyendo de los generales españoles don Felipe de Silva y conde de Fuentes que decididamente habían ido á buscarle (1).

Tales fueron los principales sucesos de las guerras exteriores que en el espacio de los cuatro años que abarca este capítulo estaba sosteniendo España en Flandes, en Italia, en Alemania, en la Gascuña, en el Rosellon, en los mares y posesiones de la India, guerras que arruinaban los pueblos y los dejaban desiertos de brazos artesanos y cultivadores; guerras que consumían sin fruto la sustancia de la nación, y hubieran agotado los tesoros del más rico del mundo; y guerras en que el adorado conde-duque de Olivares envolvía al buen Felipe IV. halagándole con su idea favorita de hacerle monarca más poderoso del orbe, en tanto que le llevaba por el más derecho camino para ver convertida en miseria y pobreza la grandeza y poderío de sus predecesores.

(1) Le Clerc, Hist. de las Provincias Unidas.—La Neuville, Hist. de Holanda.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Soto, ad ann.—Relación verdadera de los encuentros, sucesos y prevenciones de las armas católicas, imperiales y francesas.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena, A. 1640.—Linniers, Historia del reinado de Luis XIV., tom 1., lib. 1.

CAPITULO VI.

REBELION Y GUERRA DE CATALUÑA.

1640.

Causas que contribuyeron á preparar la rebelion.—Antiguo desafecto entre los catalanes y el primer ministro.—Conducta de unos y otros en las Córtes de 1626.—Reprodúcense los desabrimientos en 1632.—Carácter de los catalanes.—Idem del conde-duque.—Servicios mal correspondidos de aquellos en la guerra del Rosellon.—Proceder indiscreto del marqués de los Balbases concluida la guerra.—Alojamientos de las tropas.—Escesos de los soldados.—Quejas de los catalanes.—Son desoidas.—Primeros choques entre la tropa y los paisanos.—Indignacion del pueblo contra el virey conde de Santa Coloma.—Graves desórdenes.—Irritacion general contra la tropa y contra todos los castellanos.—Aliéntala el clero.—Medidas del virey.—Irrupcion de segadores en Barcelona.—Principio de la rebelion.—El conde de Santa Coloma asesinado.—Estragos en la ciudad.—Estiéndese la rebelion por todo el Principado.—Guerra entre las tropas y el paisanage.—El duque de Cardona, virey de Cataluña.—Excomulga el obispo de Geron a algunos regimientos.—Efectos que produce la excomunion.—Escenas sangrientas en Perpiñan entre los habitantes y las tropas de rey.—Bombardeo y sumision de la ciudad.—Providencias del de Cardona contra los gefes de las tropas.—Desapruebalas la córte, y muere el virey de pesadumbre.—Comision de los catalanes al rey.—Niégasele la audiencia.—Manifiesto de Cataluña.—Nóbrase virey al obispo de Barcelona.—Junta de ministros en Madrid.—Resuélvese hacer la guerra á los catalanes.—Nóbrase general al marqués de los Velez.—Prepáranse los catalanes á la resistencia.—El canó-